

bia tolerancia irenista, con el más refinado lujo cortesano y la más sucia y primitiva existencia cotidiana. A los mitos en boga (el Preste Juan, la Puerta de Hierro, el Árbol Seco, Gog y Magog) sucede un estudio serio y profano de la vida entre los mongoles, producto del trabajo de frailes, funcionarios y aventureros, entre los que no faltan los antecedentes de Marco Polo y Cristóbal Colón.

Juan Gil, especialista en este tipo de investigaciones sobre el contacto entre culturas alejadas (recordemos sus libros sobre los mitos y utopías en el descubrimiento de América, y sobre las relaciones entre España y el Japón durante el siglo XVI), se vuelve ahora sobre las crónicas de Juan del Pian, Guillermo Rubruc, Benito de Polonia y Ascelino, ofreciendo una antología de textos a la cual precede una cumplida explicación del momento histórico en que se produjeron y una nutrida bibliografía especializada.

Gil no es historiador de profesión, ya que proviene del mundo de los estudios clásicos. Ésta es una ventaja que agradece el lector, puesto que prefiere la exposición del imaginario de una época y sus ecos en nuestro interés actual, antes que la lectura supuestamente científica de los restos del pasado, que sólo se puede ordenar metafóricamente con un preciso trabajo de imaginación.

**Consecuencias de la modernidad.** Anthony Giddens. Traducción de Ana Lizón Ramón, Alianza, Madrid, 1994, 166 páginas

Sociológicamente, la modernidad ha sido caracterizada por Giddens a través del Estado-Nación, el uso generalizado de combustibles inanimados y la mercantilización del trabajo y el salario (economía capitalista y, hoy, industrial o posindustrial). Pero, asociadas a estas características concretas, hay algunas categorías mentales de parigual importancia: la unidad del tiempo y del espacio (únicos, universales, lineales, vacíos e incesantes) y la universalidad de todos los fenómenos (unificación de horarios y almanaques): todos los hombres tenemos la misma historia y, en principio, curiosamente, el mismo pasado. Pero hay algo más: el futuro es objeto de pronóstico e integra nuestro presente, lo cual confunde las clásicas distinciones entre utopismo y realismo.

Llevadas a sus extremos, estas líneas de acción nos han entregado un mundo basado en la institucionalización de la duda, lo que amplía el ancho de la pluralidad admitida y la tolerancia. Paralelamente, han aumentado su faz arriesgada, amenazante y peligrosa. El saber laico no tiene fundamentos estables y, en consecuencia, genera crítica e incertidumbre. No podemos justificar racionalmente nuestro compromiso con la razón.

Estamos a punto de cumplir la petición de Stephen Hawking: tener memoria del futuro. Ello significa que también lo hemos de compartir. La modernidad, entonces, no es un mero acontecimiento atinente a la Europa tardomedieval, occidental y urbana, y su secuencia. Todo el mundo es hoy moderno y lo moderno es mundial. Tanto, que hay quien se da el lujo de confesarse cansado y harto, y optar por la posmodernidad.

Giddens toma por la vía del medio. Ni acepta acriticamente el legado de la Ilustración (no podría hacerlo, estrictamente) ni se revuelve contra lo moderno pidiendo un retorno a las seguridades filiales de la religión. Ya sabemos que el regreso de los dioses es decepcionante: se reduce a mera vuelta de los hechiceros. No vuelve Odín, vuelve Hitler.

Si los riesgos y peligros de la modernidad se han mundializado (armas nucleares, degradación de la biosfera, tráfico de estupefacientes, sida, etc.) también las actitudes ante ellos han de ser mundiales. Y ése es el desafío moderno: recoger la herencia ilustrada y llevarla hasta la racionalización del mundo, uno solo, habitado por una especie que se reconoce tal y encara la restauración de su planeta.

**Prometeo encadenado. Estado y educación superior en Europa.** Guy Neave y Frans van Vught (editores). Prólogo de José Joaquín Brunner, traducción de Alcira Bixio, Gedisa, Barcelona, 1994, 414 páginas

Los ensayos reunidos en este volumen colectivo tienen como tema común el examen y evaluación de la educación superior gestionada en la Europa occidental a partir de 1970. Es un período caracterizado por la intervención estatal, la orientación estimulada hacia las carreras técnicas y la búsqueda de una mayor eficacia administrativa. Los resultados han sido cuantificables, pero

algunos aspectos del sistema están siendo reformulados, sobre todo el papel del Estado como director educativo, que se traduce en un rol de evaluador y gestor presupuestario. Es la sociedad la que (se) educa más que recibir educación del Estado.

Diversos especialistas abordan problemas localizados en Bélgica, Alemania (entonces Federal), Finlandia, Francia, Irlanda, Italia, Holanda, Noruega, Suecia y Gran Bretaña, ampliándose, por estudios comparativos, el panorama a América Latina, Estados Unidos y Australia.

**La neurosis del poder.** Piero Rocchini. Traducción de Ricardo Artola, Alianza, Madrid, 1994, 155 páginas

Rocchini es un psiquiatra que trabajó como tal en la Cámara de Diputados de Italia. Trató a numerosos políticos (los trató en el doble sentido de la palabra) y realizó algunos trabajos de encuesta. El resultado es este libro, donde intenta una caracterización psiquiátrica de la tipología política italiana.

Más que de neurosis, como promete el título, se trata de una psicosis del poder. El político italiano es una personalidad infantiloides, pregenital e insegura, que busca en el partido a una madre que lo proteja y lo defienda de un mundo que prefiere ignorar, como ocurre con el psicótico, que no puede articular el nombre del padre.

Esta situación genera una serie de comportamientos corporativistas, sometidos a un liderazgo muy personal y fuerte, al encierro del dirigente en el colegio electoral y los medios de comunicación, que llevan a la búsqueda inconsciente de un castigo público por un delito cometido desde su alta dignidad social (el delito de guante blanco o cuello duro) y, por fin, a la formación del «síndrome di Pietro»: el temor a que venga el padre y los castigue por su mala conducta (di Pietro es el juez que encabeza el movimiento de *Manos Limpias*).

Rocchini destaca como practicante y encuestador más que como teórico. En este terreno comete algunas simplificaciones y esboza ciertas vaguedades. También es un tanto prepotente su creencia de que un buen tratamiento psiquiátrico puede acabar con los males de la política, Sadam Hussein incluido, con su guerra de golfos. Lo más interesante del texto es el retrato-robot que hace el psiquiatra de una sociedad que ha institucionalizado

sus malestares mentales, en lugar de superarlos, como, según Rocchini, pasa en Estados Unidos, el ejemplo opuesto de una política hecha a partir de la madurez y que pone a prueba el talento del dirigente para competir por un lugar, solucionar problemas concretos y dejar de lado la política como medio personal de promoción, aceptando el desafío de una dura profesión pública.

La meditación de Rocchini recuerda, una vez más, el esquema de Umberto Eco: Italia es una familia sin padre, con una madre (la Iglesia), muchos tíos (los políticos) y algunos padrinos (los *bosses* de la Maffia y la Camorra). Por eso se ha convertido en cuna del corporativismo y, cuando decidió demandar un líder paterno, apareció el prototipo del dictador contemporáneo, Mussolini.

**La ricerca della lingua perfetta nella cultura europea.** Umberto Eco. Laterza, Roma, 1993, 423 páginas

Como en todas las cosas humanas, en el lenguaje se dan la realidad de la imperfección y el fantasma de la plenitud. La imperfección nos humaniza como conciencia de la falta pero, a la vez, nos resulta insoportable y buscamos la completud. Sobre este asunto de la lengua perfecta o primordial, la relación entre las lenguas, lo traducible/intraducible de ellas y la historia del mundo como ordenada crónica de esta variedad unitaria, hay una bibliografía agobiante, a contar desde la monumental obra de Arno Borst, *La torre de Babel*.

Eco se hace cargo de esta abundancia y se complace en ella. Sabemos que su cultura es pavorosa y obedece a un orden implacable. Aquí la deja correr con amabilidad, se detiene en los artilugios de los lingüistas artificiosos y exhibe la coquetería de un italiano áulico trufado de oportunas ironías. Sabe, y lo anota a cada momento, que la materia abordada es apasionante y falsa, como todo lo que intente dar al lenguaje humano esencias definitivas.

La lengua perfecta ha sido hallada, pretendidamente, en: las lenguas históricas a las que se atribuyó una mística perfección (el hebreo, p. ej.); las supuestas lenguas originales, sometidas a un proceso de reconstrucción; los idiomas artificiales, como el analítico de Wilkins, el volapük o el esperanto; y las lenguas mágicas, efables en tanto místicas y que sirven para la iniciación pero no